



CAPITULO XX.

Los Supremos Poderes.

EL Lic. Contreras Medellín, que después llegó á general y murió en uno de tantos sangrientos combates de la guerra de tres años, era á la sazón jefe político de Guadalajara y mandaba en el cuartel establecido en la iglesia de San Agustín un piqueté de guardia nacional. El día 10 de Marzo de 1858, cuando ya los Supremos Poderes llevaban varias semanas de estar establecidos en la ciudad, teniendo sus habitaciones en uno de los departamentos del palacio de gobierno, aquel personaje solicitó hablar con el C. Presidente de la República. En el acto le fué concedida la audiencia.

—Señor Presidente, dijo respetuosamente á don Benito Juárez, después que ambos ocuparon sus respectivos asientos en el estrado del salón, no es una mera visita la que hago á usted, sino que vengo á revelarle un secreto que puede ser de alta trascendencia.

—¿Cuál es ese secreto? preguntó don Benito con calma.

—Mis agentes me han dado informes de que existe una conspiración en Guadalajara.

—¿Una conspiración contra el gobierno, cuando creo que estamos rodeados de hombres leales? me parece imposible. Todo puede ser, sin embargo. ¿Qué detalles puede usted darme?

—Detalles, muchos. Pruebas, ninguna. Los primeros se refieren á que se ha visto al coronel don Antonio Landa, que manda el 5° batallón, hablando con personas sospechosas, con personas tales como don Pantaleón Morett y el escribano Barbosa que son reconocidos conservadores.

—Puede usted decirme qué número de fuerzas componen la guarnición?

—Sí, señor Presidente. El 5° batallón que manda Landa, y cuyo cuartel está en la Universidad, se compone de trecientas plazas; el piquete de cincuenta hombres del batallón «Prisciliano Sánchez,» que manda el mayor Paulino Raigosa está en el cuartel del Carmen; el piquete de guardia nacional compuesto de sesenta hombres, que manda Miguel Cruz Aedo, ocupa el cuartel de San Francisco; dos compañías del batallón «Hidalgo,» de guardia nacional, con ciento veinte hombres que mando yo y un escuadrón de cien hombres 1° de Lanceros que manda el coronel don Antonio Alvarez. La artillería en su mayor parte está en este palacio.

—¿De manera que el 5° batallón se encuentra en minoría?

—Sí, señor Presidente, tiene una minoría de quince ó veinte hombres, pero es el que cuenta con mayores ele-

mentos para un golpe de mano y el que da las guardias á los Supremos Poderes, según la disposición del Comandante Militar.

—¿Cree usted que el Comandante Militar general Silverio Núñez no es un hombre leal?

—Lo juzgo de convicciones liberales y pundoroso además, en tanto que Landa tiene á su padre político de general en la reacción y él á su vez ha sido antes reaccionario.

—Me ha informado el mismo general Núñez que cuando se fué de aquí el general Parrodi, llamó á Landa y le preguntó si estaba resuelto á seguir al lado de los liberales, concediéndole toda clase de franquicias para el caso de que prefiriera ir á servir en las filas enemigas.

—Es cierto, y Landa le juró que sería fiel; pero ahora es un hecho que está conspirando.

En ese momento se presentó el gobernador del Estado, Lic. don Jesús Camarena, que no necesitaba anunciarse. Contreras Medellín se levantó para ceder el puesto á aquel alto funcionario.

—No se vaya usted, le dijo, pues lo que voy á comunicar al señor Presidente quiero que usted lo oiga.

En seguida, sin querer sentarse, dijo al señor Juárez:

—Señor Presidente, por diversos conductos se me comunica que el coronel Landa está disponiéndose para pronunciarse.

Y refirió las noticias que se le habían comunicado sobre tal sospecha. Juárez oyó todo con serenidad, llamó á su ayudante, le comunicó una orden en secreto y volvió á donde estaba el gobernador y el jefe político, diciéndoles:

—He mandado llamar al general Núñez que se encuentra con el señor Ocampo: tengan ustedes la bondad de esperarlo un momento.

Contreras Medellín y Camarena se miraron extrañando aquello.

Antes de cinco minutos llegó el arrogante general don Silverio Núñez. Juárez le puso en pocas palabras al corriente de lo que se trataba.

—¡Imposible! exclamó Núñez con exaltación, yo respondo de la fidelidad de Landa, y respondo más aún de los soldados del 5° que son míos, más que de nadie.

Camarena y Contreras Medellín manifestaron que mucho desearían haber sido engañados por falsos informes, pero desgraciadamente todo concurría á creerlos exactos.

—Pues bien, señores, concluyó diciendo Núñez con la caballerosidad que lo distinguía, yo les ofrezco vigilar á Landa sin darme por entendido por supuesto de lo que á ustedes han contado, yo les ofrezco presentarme más á menudo á los soldados del 5°, en quienes tengo absoluta confianza, y desde esta noche dormiré en los corredores altos de palacio un retén de cincuenta hombres escogidos, que será como si yo mismo estuviera velando por la seguridad de los Supremos Poderes.

El gobernador y el jefe político se retiraron, como suele decirse, con el rabo entre las piernas, sin dejar de repetir para ellos solos la célebre frase de Galileo *e pur si muove*, y sin embargo, hay conspiración.

El 12 de Marzo llegaron á Guadalajara dos correos anunciando la derrota de la coalición en Salamanca, aunque paliada con las pocas pérdidas del ejército liberal que

había podido retirarse del campo de batalla, fraccionado, salvando una buena parte de su artillería.

Tal noticia produjo una sensación inmensa en los habitantes de la ciudad que no la esperaban y casi no la creían, confiados tanto como estaban en la pericia militar del general Parrodi.

Por la noche Camarena y Contreras tornaron á ver á Juárez, diciéndole que ya era público que Landa trataba de pronunciarse, sin que hubiera persona de la ciudad que no estuviera al corriente de su acuerdo con el clero y los conservadores que le estaban suministrando cantidades de dinero.

—Señor, terminó diciéndole Contreras Medellín, uno de mis agentes ha visto entrar á la casa de Landa á un fraile que llevaba dos cargadores con talegas de pesos.

—¿Y qué podemos hacer, contestó don Benito, estando de por medio el general don Silverio Núñez que responde de Landa?

—Poner al mismo Núñez, por ejemplo, al frente del batallón.

Tornó don Benito á llamar á Núñez, tornó éste á dar seguridades respecto de Landa y tornó á mandar un retén de cincuenta hombres de guardia nacional á los altos de palacio, que esta vez lo mandó un oficial de toda confianza, el capitán Casimiro Verdía.

El día 13, por la mañana, Núñez se manifestó más activo que de costumbre: visitó los cuarteles, visitó las guardias de palacio, y no encontrando nada de anormal, retiró el retén que mandaba Verdía.

Dicho retén frustró de pronto el golpe que se había dispuesto para la media noche; pero en aquella misma mañana, después de la visita de Núñez al cuartel del 5^o,

Landa formó á los soldados, les leyó el acta de pronunciamiento y dió sus órdenes para que al ser relevada la guardia de palacio, se asegurara á los que no lo secundaran de los que la formaban y se aprehendieran al Presidente y sus Ministros, como se ejecutó sin la menor dificultad.

Contreras Medellín que estaba seguro de que no se pasaría el día sin que Landa y los conspiradores realizaran sus designios, se había situado en la puerta de la Jefatura política al lado de la entrada principal de Palacio, y pudo ver por sí mismo los movimientos que hacían los pronunciados, sin poder impedirlos. Lanzó un juramento, se mesó los cabellos ardiendo en cólera, recogió algunos papeles apresuradamente y ordenó á los que lo rodeaban que lo siguieran, dirigiéndose al cuartel de San Agustín á ponerse en actitud de combate. A la vez mandó avisar á Núñez, á Cruz Aedo y al gobernador Camarena, que ya Landa estaba pronunciado, convirtiéndose en realidad lo que se había dicho como infundadas predicciones.

El general Núñez, todavía sin creer en aquella noticia, tan ciego así estaba respecto de la perfidia de Landa, corrió solo al cuartel y encarándose con aquel jefe, á quien encontró en la puerta, le preguntó:

—¿Pues qué es lo que pasa?

—Mi general, le contestó Landa, estoy pronunciado.

—Pero si esto no puede ser, yo me he comprometido por usted con el Presidente!

—Mi general, tenga la bondad de retirarse, porque si no...

Núñez no dejó acabar á Landa, sino que fuera de sí exclamó:

—¡Soldados del 5^o batallón! tercién... armas.

Landa hizo una señal convenida al oficial de la guardia que con unos soldados se dirigió á Núñez, sin poder evitar que uno de ellos tendiera el fusil y le disparara un tiro á quema-ropa que hizo que el general cayera al suelo, no herido sino sofocado, pues que la bala sólo había aplastado su reloj, incrustándose entre sus magníficas tapas.

Cuando volvió en sí el valiente general, ya había sido conducido al palacio, preso por los mismos soldados del 5° batallón que tanto garantizaba.

Entre tanto el capitán Filomeno Bravo, que antes había sido procesado por el asesinato del general Alvarez, en Colima, en otro pronunciamiento, y á quien Landa acababa de darle mando en el 5° batallón, fué el comisionado para tomar el mando de las guardias entrante y saliente en palacio, y para aprehender á don Benito Juárez y á sus ministros, como lo verificó sin que nadie le hiciera resistencia, pues no parecía sino que una fatal predestinación hacía que todos, sin pensarlo y tal vez sin quererlo, estuvieran haciendo el papel de corderos.

Don Guillermo Prieto, preocupado como los otros ministros con los rumores que les habían estado llegando, bajó esa mañana á la puerta de Palacio para semblantear á la guardia y asistió á su relevo, lo mismo que al pronunciamiento sin que nadie notara su presencia.

—¡Ciertos son los toros! murmuró con el carácter jovial que tenía, y en vez de escaparse, como muy bien pudo haberlo hecho, fué voluntariamente á constituirse en prisionero para correr la suerte de sus compañeros.

Como una de las primeras medidas que dictan los que se pronuncian, es ocupar las alturas y formar trincheras, no descuidaron esta precaución los del 5° en el Instituto y en Palacio, mandando á mayor abundamiento un

retén á la Catedral. Los de la guardia nacional de San Agustín que ya estaban en la torre, al advertir esto, hicieron fuego nutrido sobre los rebeldes, que no dejaron de amedrentarse pues habían jurado que los nacionales al ver su actitud doblarían las manos.

Entonces Landa, con una actividad y un miedo vertiginosos, mandó sacar á quinientos presos de la cárcel para improvisarlos soldados, armándolos con los fusiles viejos encontrados en los depósitos, y estos criminales fueron en lo sucesivo los árbitros de los Supremos Poderes.

Landa se encaminó al salón del Senado, en donde estaban reunidos todos los presos en número de doce personas: Juárez, los ministros, Núñez y algunos empleados federales.

—Exmo. señor Presidente, dijo dirigiéndose á Juárez, vengo con dos motivos: el uno decir á usted que me dispense por el paso que he dado, en virtud de no tener otro camino conforme á mis compromisos contraídos anteriormente. El otro, suplicar á su Excelencia se sirva ordenar á los de la guardia nacional que se rindan, tanto para evitar la efusión de sangre entre los soldados, como para que no peligren las vidas de las personas aquí reunidas.

—Obre usted de la manera que guste, contestó Juárez, yo no tengo que dar orden ninguna.

—Pues es la condición que mis amigos exigen de pronto para que ustedes puedan vivir.

—Obre usted de la manera que guste, repitió Juárez.

Como Landa siguiera insistiendo sin resultado, uno de los criminales, que estaba allí de centinela, levantó el gatillo del fusil diciendo: